

ner vigente la ley de 1650 sobre su comercio, aunque todos los decretos del Parlamento Largo y Cromwell se hubiesen anulado.

Por aquel mismo tiempo tambien la autoridad de la corona reemplazó á la de las compañías, á petición de los mismos Estados. Mas no por esto dejaron de subsistir las asambleas coloniales, no siendo los gobernadores reales sino simples intermediarios entre las colonias y la metrópoli, y existiendo desde entónces una tendencia más marcada hácia la unidad.

* *

Miéntas las colonias inglesas iban adquiriendo de día en día más extension y mayor fuerza, la Francia habia colonizado en el Norte la Acadia y el Canadá; y estos establecimientos excitaban ya la envidia de los ingleses, cuando se supo que el caballero de La Salle habia tomado posesion de la Luisiana en nombre de Luis XIV, y concebido el pensamiento de remontar el Mississipi y ocupar el valle, á fin de enlazar por medio de fáciles comunicaciones todas las comarcas que la Francia poseia.

Inglaterra resolvió detener aquellos amenazadores progresos de la influencia francesa, y encontró ocasion en la terrible guerra de Sucesion, de 1702 á 1713.

* *

Ocupada la Francia en Europa, descuidó los asuntos de América, y la paz de Utrecht, entregando á los ingleses la Acadia y Terranova, echó completamente por tierra, en 1712, los grandes proyectos concebidos por La Salle.

Las colonias inglesas no tuvieron ya que combatir sérias rivalidades, y la Inglaterra quedó decididamente dueña de los mares.

Los desastres del reinado de Luis XV vinieron muy pronto á completar este triunfo. La Inglaterra, que queria despojar á la Francia de todo medio de reparar sus reveses, valióse del pretexto que le ofrecian algunas contiendas sobre límites, y el tratado de Paris de 1763 le entregó con el Canadá, arrebatado á los franceses, la Florida, que España se vió obligada á abandonarle.

Luis XV compensó con la cesion de la Luisiana la pérdida de su aliada, y la Francia no tuvo ya un solo establecimiento en la América del Norte.

Fué aquel un momento glorioso para la In-

glaterra. Dominando en los mares, dueña de numerosas islas en las diversas partes del mundo, poseia aún, con los elementos esparcidos de un inmenso imperio en las Indias, todas las playas que se extienden en frente de ella, desde el fondo del Canadá hasta el golfo de Méjico. Desde 1762, todas las comarcas comprendidas entre las Carolinas y las Floridas formaban un nuevo Estado con el nombre de Georgia.

Tan lisonjeros sucesos parecia que presagiaran otros aún más halagüeños; pero no fué así. Poderosas desde mucho tiempo por su comercio y por su poblacion, las colonias de América acababan de persuadirse, combatiendo por su metrópoli, que se encontraban en estado de bastarse en lo sucesivo. Con esto aumentó el espíritu de independencía, y los lazos que las unian á Inglaterra no fueron ya, á los ojos de muchos, sino una traba, cuando presentóse la ocasion más oportuna de romperlos.

En 1750 Turgot, en un discurso pronunciado en la Sorbona, predijo ya la emancipacion de la América.

La guerra de los siete años habia terminado victoriosamente; pero aquellas victorias costaronle á Inglaterra enormes sumas, y concibió el proyecto de hacer que contribuyeran las colonias de América.

Por otra parte, comenzaban á inspirar algunos temores, y era preciso contenerlas por nuevos medios, puesto que las restricciones comerciales ya no bastaban para garantir su obediencia y no dejar que aumentara el peligro con sus fuerzas.

* *

La ocupacion de las colonias francesas facilitaba esta empresa, y ya no habia necesidad de halagar á los colonos para impedirles que se echaran en brazos de la Francia.

Obrando así, olvidaba Inglaterra que los colonos de América eran hijos de los que buscaban en los bosques seculares del Nuevo-Mundo un abrigo para su libertad, y sin duda no querian mostrarse degenerados, y, por consiguiente, indignos de sus padres.

Varias medidas, restringiendo súbitamente el comercio de las colonias, habian menoscabado su prosperidad y tenian sublevada gran parte de los ánimos contra la metrópoli, cuando en 1764 votó el parlamento el famoso bill del timbre.

Nunca hasta entónces pagaron las colonias á

Inglaterra impuesto alguno directo. Las leyes inglesas no reconocian, por otra parte, sino el impuesto consentido. La indignacion fué por lo tanto general.

Sin embargo, dióse principio á la lucha por medio de las reclamaciones, que fueron inútiles. Mas nadie se sometió al nuevo impuesto, y los tres Estados enviaron representantes á Nueva-York, en cuya asamblea redactóse la célebre declaracion de los derechos.

Jamás se vió resistencia más legítima; pero tampoco más firme á la vez y mesurada.

Las colonias encontraron en el mismo parlamento defensores enérgicos, y cayó el ministerio. Pero quedó subsistente el derecho de tarifar los artículos de las colonias, y cada día se daba lugar á que nacieran nuevos motivos de contienda, cuando el impuesto sobre el té, el vidrio y el papel reemplazó en 1767 al del timbre.

En vano se trató de disimular lo odioso del hecho por medio de aparentes ventajas; las asambleas coloniales comprendieron que iban á ser invadidas por la tiranía, y protestaron unánimemente.

Disueltas por los gobernadores, renacieron con el nombre de convenciones, se juró abstenirse de las mercancías inglesas, y todo anunció una próxima revolucion. Sólo se mostraron extrañas á aquel movimiento el Canadá, la Acadia y las Floridas, que no tenian ni el mismo origen, ni el mismo culto, ni las mismas leyes, ni los mismos intereses.

El gobierno no lo tomó en cuenta. Fuese temor de parecer tímido, fuese confianza en su derecho y en su fuerza, respondió á las quejas con el envío de algunos regimientos á Pensacola.

Su presencia aumentó la irritacion, y el parlamento retrocedió una vez más, aboliendo todos los nuevos impuestos, excepto el que pagaba el té.

Era insignificante, pero someterse equivalia á reconocer el derecho de la metrópoli. Los colonos se negaron á acceder, y juraron defender el principio, por ligera que fuese la violacion.

Las concesiones parciales de Inglaterra, sus riquezas, su alejamiento, les alentaron en su resistencia, y por fin, en 1773, el pueblo de Boston arrojó al mar un cargamento de té enviado por la compañía de las Indias.

Esta violencia fué en cierto modo la declaracion de guerra, y la Inglaterra decidió el bloqueo de Boston.

Las colonias respondieron á esta medida prohibiendo el comercio con Inglaterra y promoviendo abundantes suscripciones. Se ordenó

un día de ayuno y de rezos, y abrióse sin tardanza un congreso general en Filadelfia.

Todas aquellas colonias, de origen, de costumbres, de religion diversos, comprendieron que las ligaba un mismo interés y que la sujecion de Boston no seria sino el preludio de su propia servidumbre.

No obstante dominó en su conducta la calma y la dignidad, y tentaron de nuevo la vía de las reclamaciones. Pero tuvieron por resultado hacer extensivas á todas las colonias las medidas adoptadas contra Boston. Burk y Chatam se levantaron en vano contra un bloqueo tan ilegal como imposible: diez mil hombres fueron á reunirse á las tropas expedidas.

Los americanos vieron entónces que no les quedaba otro remedio que la guerra, y la primera sangre que vertióse fué en el combate de Lexington, el 18 de abril de 1775.

Algunas victorias obtenidas por las milicias aumentaron el entusiasmo de los rebeldes, y nada descuidóse para el triunfo de la buena causa. Pocos dias despues del sangriento suceso de Lexington, treinta mil hombres sitiaban en Boston al general Gage y su ejército.

Sin embargo, era aquella una inmensa empresa para los americanos. Tenian en su favor la justicia de su causa, el entusiasmo y la distancia; pero la Inglaterra que les amenazaba al Norte por el Canadá, al Sud por las Floridas, era además dueña del mar, de donde podia excluir su comercio, miéntas que sus buques destruirian sus ciudades y arrojarian sin cesar sobre sus playas nuevos ejércitos de soldados aguerridos. Sus recursos financieros eran tambien muy superiores, y, por último, debia creerse que un numeroso partido apoyaria en el interior sus esfuerzos y la falta de union restableceria muy en breve la dominacion de la metrópoli sobre las subyugadas colonias.

Todo parecia anunciar este resultado. Pero no se contaba con que aquellos colonos eran dignos retoños de los que con su ilustracion, su cultura, sus creencias, sus usos, sus costumbres, aportaron á aquellas comarcas su entrañable amor á la libertad y á la independencía, y conservaban incólumes todos los dones que les legara una raza esencialmente democrática y eminentemente autónoma; ni se contaba tampoco con que entre aquellos ciudadanos se distinguian caracteres entusiastas y enérgicos como Washington, sabios y diplomáticos tan eminentes como Franklin, tribunos y hombres de estado tan ilustres como Adams, Jefferson, Madison

y tantos otros, que á sus prendas personales, de la mayor estima, reunian el genio, las virtudes cívicas y el puritanismo propios de su raza.

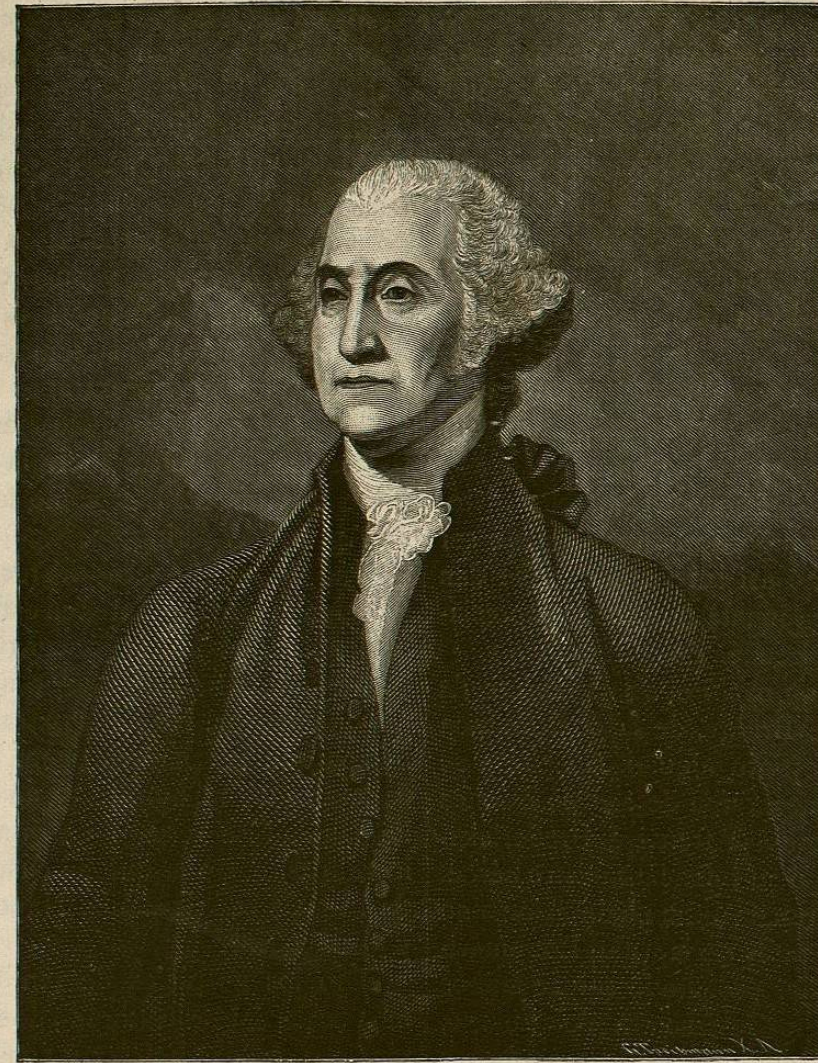
*
**

Dar á conocer á estos grandes hombres, que han regido los destinos de esa gran República que alza su poderosa frente más allá del Atlántico, y que llegada apenas á su pubertad consigne sobreponerse á los progresos de la moderna Europa y logra eclipsar las glorias de la

antigua Atenas, de Roma y de Cartago, es el resúmen de nuestros propósitos.

Viva encarnacion de las aspiraciones de un pueblo que por tan grandes medios tiende á la mayor preponderancia, bien pueden servir de modelo á los que encumbrados á los primeros puestos del Estado, tengan el sagrado deber de hacer la felicidad de la patria.

Fuera la más apreciable y valiosa recompensa que pudiéramos obtener por nuestro árduo trabajo.



JORGE WASHINGTON

(Copia del retrato hecho en 1795 por Gilberto Carlos Stuart, y que se conserva en el Ateneo de Boston)

I

LA primera figura que se nos presenta al fijar la vista en los Estados-Unidos, es la figura colosal, titánica de Washington.

En la alta esfera en que le cupo la gloria de representar el papel que le estaba destinado, se destaca entre todas las celebridades de las antiguas y modernas épocas como roble secular entre multitud de árboles que le circundan. Comparado con los Pericles y los Césares, los Fabios y los Curcios, deslumbran los rayos de su brillantez. Los americanos lo veneran, los hijos de las demás naciones lo admiran, el mundo entero consagra con asombro su memoria.

En las apuradas circunstancias que acabamos de reseñar someramente, la América tuvo la dicha de encontrar en su seno un hombre que, dotado de una prudencia igual á su valor, supiese reunir todos los elementos esparcidos de la resistencia, y dar á los esfuerzos de los ame-

ricanos lo que sobre todo les faltaba, la unidad, sin la cual fuera imposible su atrevida empresa.

Ningun otro supo mostrar todo lo que la grandeza del alma añade al brillo del talento; ningun otro supo realizar con mayor sencillez mayores hechos; ningun otro supo imprimir más profundamente el curso á los acontecimientos.

En Washington puede decirse que se resume la revolucion de América. Su biografía contiene casi la historia de veinte años de los Estados-Unidos.

Poco ménos de un siglo ántes de que naciera el que habia de tener la inestimable honra de ser considerado como padre de la patria, dos hijos de una noble y honrada familia de Inglaterra, Juan y Andrés Washington, emigraron á Virginia y fueron á establecerse en el condado de Westmoreland, entre los rios Potomac y Rappahannock.

El nieto de Juan Washington, llamado Agustín, nacido en 1694, heredó las tierras de la